

19

BAJO LA TORMENTA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 437

25 CTS.



**Bajo la  
tormenta**

por  
Dorotea Wieck  
Oscar Marion

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 437

---

**Bajo la formenta**

Emocionante drama cinematográfico tomado de  
la obra de **Frau Hermann Barkhausen**

Interpretado por

**Dorotea Wieck, Oscar Marion,  
Harry Hardt, etc.**



EXCLUSIVA

**E. Gonzáles - Emelka - Madrid**

Para Cataluña, Aragón y Baleares:

**Viuda de E. FIUS**

Rambla de Cataluña, 44

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**PAUL LUCAS**



## Bajo la tormenta

*Argumento de la película*

Proscrito por la revolución triunfante en Rusia, el oficial adepto al derrocado régimen, Andrés Morton, se vió precisado a huir disfrazado llevando consigo a Vera Normand, bella muchacha a quien estaba prometido en matrimonio.

La fuga fué accidentada y terrible. Varias veces estuvieron a punto de caer en poder de los secuaces de la triunfante situación. Mas, por fortuna, primero en un coche y luego montados a caballo, consiguieron escapar de sus enemigos.

Llegaron a cierta casa de campo, situada cerca de la frontera. Pertenece a unos antiguos amigos del oficial, gente de probada fidelidad.

Allí Andrés solicitó hospitalidad para Vera, y aquellos hacendados no vacilaron en proporcionársela.

El oficial se despidió de su novia después de una tierna escena de amor.

—Con las joyas de mi madre tendrás lo suficiente para vivir durante mi ausencia—le dijo—. Yo no podría permanecer aquí sin riesgo para los dos. No podré regresar mientras las circunstancias no cambien. Me persiguen con demasada saña. Pero en cuanto me considere en lugar seguro, te enviaré noticias mías.

—¡Estaré tan sola sin ti, Andrés mío!

—Considérate en esta casa como si en la tuya propia estuvieses.

Abrazó a la mujer que era el ídolo de todos sus pensamientos y montando a caballo se dirigió hacia la frontera.

Y después de caminar muchos días sin rumbo por tierras extrañas y desconocidas y ya con sus fuerzas agotadas, Andrés Morton llegó a una aldea de pescadores de la costa de Suecia.

En aquel pueblo vivía el doctor Sven Larsen, sabio explorador del fondo de los mares que había instalado allí su laboratorio y su estudio.

Vivía en compañía de su hija Catalina, preciosa flor rubia como el sol pálido del Norte.

Esta muchacha tenía en Nils Sorren, alumno de la escuela náutica, el más fiel y apasionado de sus amigos. Se escribían de vez en cuando y en este epistolario palpataba el amor.

Andrés al verse junto al mar lanzó un largo suspiro de dicha.

Continuó andando por la playa, pero tan cansado estaba, tan exhausto de fuerzas, que de pronto, minado por la debilidad, cayó desvanecido sobre la arena.

Catalina que acertó a pasar por allí en su co-

checito vió a aquel hombre, y respondiendo a un sentimiento de humanidad, ella y Percun, un viejo y fiel servidor del doctor Sven, levantaron al caído y le llevaron a la casa del explorador.

Llamado el médico diagnosticó un terrible cansancio, una atonía profunda.

Espíritus humanitarios y caritativos, el doctor y su hija brindaron su techo a aquel extranjero, correcto y aristocrático.

Cuando volvió en sí, Andrés explicó su odisea de oficial ruso fugitivo de su patria y agradeció con toda su alma aquella cariñosa acogida.

Unos bellos ojos de mujer, azules como aquel mar que simbolizaba la liberación, se acercaron a él y unos labios le dijeron:

—Hay que recuperar sus fuerzas perdidas. Está usted en casa de mi padre el doctor Sven Larsen, donde nada le faltará.

—¡Gracias, señorita!

Llegóse el doctor Sven a él y le prodigó ternas y amables frases.

—El médico dice que dentro de un par de días estará usted completamente restablecido.

—¿Cómo pagaré a ustedes la bondad con que me tratan?

—De eso no hay que hablar. Nuestra casa está abierta a cuantos sufren.

Y tan bien le atendieron, con tan exquisito trato le cuidaron, que Andrés al cabo de pocos días se hallaba bien del todo.

Pero, ¿dónde ir, si el mundo no era para él más que un desierto y carecía ya de toda clase de bienes de fortuna?

Comprendiendo la gravedad de la situación del

oficial, el doctor Sven le rogó que por el momento permaneciera en aquella casa. Ya estudiarían entre todos la manera de darle un porvenir.

Accedió el joven de mil amores, lleno de gratitud por aquellas buenas gentes y atraído de un modo particular por los ojos azules y los labios encendidos de la hermosa Catalina.

La muchacha le demostraba una atención especial. Oyéndole contar su odisea, sus hazañas de militar en Rusia, Catalina cerraba los ojos y se emocionaba con aquellas evocaciones. Y a cada instante se sentía más misteriosamente atraído hacia él.

Mientras tanto, Nils, el futuro oficial de marina, había aprovechado brillantemente sus exámenes de piloto.

Y desde la escuela naval había escrito a Catalina:

*...y una vez terminados con éxito mis exámenes de piloto creo llegado el momento de preguntarte si permaneces fiel al juramento que un día nos hicimos de pertenecernos mutua y eternamente.*

*No demores mucho la respuesta, pues de ella depende la felicidad de tu constante,*

Nils.

Esta vez aquella carta no pareció emocionar demasiado a Catalina. El tímido amor que había podido sentir en otro tiempo por Nils parecía ahora amortiguarse desde que el oficial ruso estaba a su lado y le hablaba de un mundo desconocido de aventura y de pasión.

Su alma luchaba entre dos anhelos... Por una

parte, Nils, era el amor de la primera juventud, más romántico que egoísta; por otro lado, cada día, ella se sentía más atraída hacia Andrés que con el apasionamiento de la raza eslava describía su vida con ardorosos colores...

Andrés parecía comenzar a darse cuenta de los sentimientos que inspiraba a la muchacha... ¿Y por qué no? También Catalina le parecía una mujer capaz de dar la felicidad.

\* \* \*

El "Ebbá Larsen", rápido velero, a bordo del cual el doctor Sven llevaba a cabo sus investigaciones oceanográficas, se encontraba en el puerto, dispuesto a partir al primer aviso.

Uno de los marinos dijo un día al doctor:

—Señor doctor, nos falta gente para la expedición y sería muy conveniente nos acompañase el extranjero que se alberga en su casa, que parece hombre inteligente y fuerte.

—Se lo propondré.

El oficial Andrés había probado de escribir aquel día a Vera participándole su actual residencia... Pero había hecho varios borradores sin que le gustase su contenido.

Le parecía estar a cada momento más alejado de la rusa.

Catalina recogió más tarde del suelo un papel que Andrés había echado antes y que decía:

*Mi querida Vera.*

Una misteriosa sensación de disgusto invadió a Catalina. ¿Quién era aquella mujer?

Aquella tarde paseó ella con Andrés por el hermoso parque que rodeaba la casa del doctor.

Andrés señaló una casa cercana y preguntó quién era su propietario.

—Es la de Nils Sorren—dijo Catalina.

—Dicen que son ustedes novios—exclamó el oficial con un mohín de disgusto.

—¡Tonterías de muchachos! ¡Nada de eso! Nos hemos criado juntos... Su padre era el mejor amigo del mío.

—Catalina le enseñó entonces el arrugado papel.

—¿Y quién es esa Vera?

El oficial mintió igualmente. Ambos renegaban, en aquella hora de confidencia, de sus respectivos amores.

—Es... una parienta próxima a la que quería informar acerca del lugar donde me encuentro—contestó sonriente.

Apareció el doctor Sven y dijo a Andrés:

—¿Le gustaría acompañarnos en la excursión que se prepara a bordo de mi velero? Pero le advierto que el trabajo será duro y no escasearán los peligros.

—Estoy acostumbrado a ellos, señor doctor. Y con mucho gusto acepto su proposición.

Esto le uniría en nuevo lazo con el doctor, aunque momentáneamente le separara de Catalina.

A la joven no pareció agradarle demasiado aquella próxima ausencia, pero hizo enmudecer sus sentimientos.

Poco después, el ruso escribió a Vera una carta que decía así:

*Mi querida Vera: Te escribo para informarte que estoy en la Costa de Suecia, en casa del fa-*

*moso explorador del fondo del mar, el doctor Sven Larsen. Es posible que dentro de poco hagamos una excursión a las costas de Inglaterra. Desde allí te escribiré nuevamente, pero antes, si quieres, puedes contestar a esta villa, a lista de correos. Tuyo,*

*Andrés.*

Y el mismo día, lejos de allí, en Rusia, Vera se quejaba amargamente a los dueños de la casa que la habían acogido de la falta de noticias del amado.

—No se impaciente—le dijo la mujer—. La azarosa vida a que se la ha lanzado, no habrá consentido que Andrés le escriba todavía.

Aquella noche, el doctor y Andrés concertaron el viaje que iba a efectuarse rápidamente.

Tras aquella entrevista, Andrés habló con Catalina en el jardín bañado de luna y arrullado por las olas del mar invisible.

Al hallarse solos, los dos jóvenes quedaron atraídos por una fuerza superior a ellos mismos...

Hablaron mucho. De modo inconsciente sus manos se enlazaron, como ya sus almas lo habían hecho desde el primer día.

Y sus labios juntáronse en promesa de fidelidad y ventura... Por aquel cariño nacido entre los dos, ellos olvidaban los otros amores...

—Lo olvidarás todo por mí, ¿verdad? Ese Nils...—dijo él.

—No te preocupes de él. No le quiero... Sólo tuyo es mi corazón.

—Yo no tengo otra dueña que tú.

Volvieron a casa cogidos del brazo, murmurándose halagadoras promesas.

Percun, el criado del doctor, les observó y sonrió melancólicamente.

Al día siguiente, Andrés fué al velero, pero su debut como hombre de mar no fué tan lisonjero como él hubiese querido.

Ignorando el modo de arrollar las velas, realizó esta operación con manifiesta torpeza. Pero el doctor y los tripulantes se echaron a reír, asegurándole que ya mejoraría en su oficio.

Entretanto, Catalina había escrito una carta a Nils, en contestación al ardiente mensaje que el joven le enviara.

*Es preciso que te confiese, Nils, que siempre te quise sólo como a un hermano. Mi amor de mujer pertenece a otro hombre. Y como nuestra locura de niños no puede ser fundamento de un serio compromiso, te pido que me perdones y que me olvides.*

*Catalina..*

Esta carta fué una puñalada traperera para el joven piloto. Cogió el tren y se plantó al día siguiente en el pueblecillo sueco.

Habló primero con Percun, quien le informó de las relaciones que existían entre Catalina y el ruso.

—Ese extranjero está constantemente al lado de ella... ¡Con tal de que todavía sea tiempo de poner remedio al mal!

Desesperado, viendo perdidas las ilusiones que habían constituido el aliento de su vida, el joven piloto entró en la casa y habló con Catalina.

Ella lanzó un grito de sorpresa al verle. Y Nils, cogiéndola por la mano, le dijo con rudeza:

—Catalina... he recibido tu carta... y no puedo creerlo. ¿Es posible que me hayas olvidado por otro hombre?

Ella no supo negar la pasión que llenaba sus venas.

—Así es. Lo tuyo fué un error. Amor de hermano... Lo de él es amor de amante.

—Loca... te han cambiado... ¡Calla!

Aparecieron el doctor y Andrés... El viejo, después de abrazar cariñosamente a Nils, al que consideraba como a un hijo y deseaba se casase con Catalina, presentó a los dos hombres.

Ambos se miraron con ferocidad, cambiando un frío saludo. Se presentían. Eran los dos rivales de la pasión del amor, la más fuerte del mundo.

Andrés se retiró momentos después. Le había resultado ferozmente antipático aquel posible rival.

Catalina marchó a un rincón, y el doctor contempló fijamente a Nils, cuyo rostro estaba descompuesto.

—¿Qué te sucede, Nils?—le dijo—. Parece que tu título de piloto ha ensombrecido tu alegre carácter.

—Nada de esto... Sólo estoy un poco fatigado del viaje...

—Preparo una excursión interesantísima... ¿Quieres inaugurar tu flamante diploma de piloto a bordo del "Ebba Larsen"? Va también el oficial Andrés.

—¿Ese ruso?

—Sí, es un buen muchacho. Pero será la primera vez que respire aires del mar libre.

El joven vaciló... Consideró que no era prudente que el oficial se captase demasiado las simpatías del doctor, pues tal vez eso podía influir en la concesión de la mano de Catalina.

Además, quería estar cerca del ruso para vigilarle e impedir sus propósitos.

—¡Acepto!—exclamó—. Será para mí un gran motivo de satisfacción.

—¡Cuánto me alegro, hijo mío! Estando a mi lado, me parecerá que tenga a alguien de la familia...

Y marchó alegremente hacia su despacho, mientras Nils contemplaba a Catalina que había escuchado con interés, pero distraída al parecer, la anterior conversación.

Llegóse el piloto hacia ella, y le dijo con ira:

—No creas, Catalina, que renuncio al pasado, que voy a cederte sin lucha a un desconocido! Voy al barco para estar al lado de ese hombre y poderlo vigilar.

—No te rebeles contra lo inevitable, Nils. Ese hombre supo conquistar, por entero, mi corazón.

El se echó a reír.

—Lucharé contra ti misma, Catalina. Juntos vamos a partir y es preciso que sólo uno regrese. El mar decidirá.

En aquel instante volvió a aparecer Andrés, a quien Nils dijo, con ferocidad mal contenida:

—Usted me ha robado a esa mujer que adoro. Uno de los dos debe desaparecer.

Catalina protestó, llorosa:

—¡No le hagas caso, Andrés; no aceptes el reto! ¡Quédate en tierra!

—Debes venir conmigo al mar—gritó Nils—; tú vas enrolado como tripulante, yo como piloto. Uno de los dos no volverá. Queremos el amor de la misma mujer, y hemos de ganarlo a la fuerza.

—Acepto el envite—contestó con energía el ruso—. Juguemos la vida en alta mar, y la ganancia la obtendrá quien logre pisar tierra. El que así haga se quedará con la mujer.

—¡No... no hagáis eso!... ¡No lo quiero!—exclamaba Catalina, atemorizada ante la idea de que dos hombres se mataran por ella.

Reapareció el doctor Sven, y Catalina salió, no queriendo que vieran su emoción.

—Será preciso, Nils, que enseñes a ese muchacho las faenas que ha de realizar a bordo un buen marinero—le dijo.

—No pase usted cuidado... Le atenderé como se merece...

Y por los ojos de los rivales pasó un rayo de odio mortal.

Y aquella noche, que era la última pasada en tierra para los tripulantes del "Ebba Larsen", Catalina habló con Andrés en el jardín.

—¡Vuelve, Andrés!—le dijo—. Yo con ansiedad te lo pido... Evita la lucha con Nils... sálvate.

—Creo que sólo uno de los dos ha de volver—respondió él gravemente—. Pide a Dios que sea el elegido de tu corazón...

—¡Andrés mío!

Se estrechó contra él, besándole fuertemente, con todo el anhelo de su alma virginal.

\* \* \*

Y, al anochecer, antes de emprender la arriesgada aventura, todos los hombres de a bordo fueron a la iglesia a oír misa.

Catalina, al lado de su padre, rezaba a Dios, pues presentía una verdadera tragedia. Nada



*...fueron a la iglesia a oír misa.*

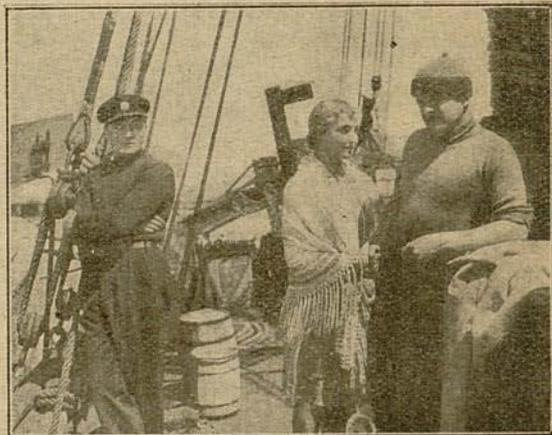
había querido decir al viejo para no alarmarle...

Severos, graves, Nils y Andrés repartían su devoción entre el altar y la adorada. El sacerdote levantó sus brazos y dijo:

—¡Que Dios bendiga y proteja a los navegantes!

De la iglesia fueron todos directamente a bordo... Catalina subió también al velero. Hablaba con Andrés, con toda la exaltación de una enamorada. Cerca de ellos, Nils, observaba con ojos tristes.

Luego, Catalina, ávida de paz, deseosa de que aquellos dos hombres no riñeran, acercóse a Nils, y le dijo, en tono conciliador:



*Catalina subió también al velero.*

—¡Adiós, Nils!... ¡Perdóname el mal que sin querer pude hacerte! ¡No seas rencoroso!

—Mi corazón, Catalina, no puede sentir rencor hacia ti—contestó el piloto—. ¡Que el cielo nos proteja a todos!

Y lanzó una larga mirada de odio a Andrés, que trabajaba arreglando unas cuerdas.

Se dió la orden de partir.

Catalina estrechó la mano del ruso, y, luego, abrazó cariñosamente a su padre.

—¡Cúidese, padre, y no olvide que me deja muy sola!

—No tardaremos mucho en regresar, Catalina.

Ella saltó del barco. Y, a poco, majestuosamente, el "Ebba Larsen" surcó las olas mansas que hacían de estaño los primeros rayos de la mañana.

Cuando Catalina volvió a su casa, el viejo criado Percun le dijo:

—Tu padre me ha rogado que, mientras dure su ausencia, vele por ti como si fuera él.

Pasó un día... Y mientras el velero avanzaba mar adentro, Catalina vivía pendiente de la ilusión de su esperanza.

Al cabo de navegar un par de días por los mares del Norte, se comenzaron en el velero las primeras exploraciones submarinas, que fueron confiadas al esforzado Nils.

El joven piloto con la escafandra de buzo, bajó al fondo del mar; apareciendo al cabo de buen rato con importantes piedras y animales extraídos del piélago.

Andrés le contemplaba con odio... Sabía que la lucha entre él y su rival era inevitable, y que un día a uno de los dos se lo tragaría el mar. Mas, por el momento, ocultaban ambos el rencor de sus corazones. La presencia del doctor Sven les imponía respeto. Ese hombre ignoraba la lucha interior que sostenían sus dos amigos.

Y, entretanto, allá en Suecia, Vera contes-

taba con esta carta a la que le había mandado Andrés:

*Tu breve carta me hizo mucho daño, Andrés, y me pregunto la razón de tu frialdad para conmigo. ¡Si supieras el deseo que tengo de estar a tu lado! Entonces comprenderías lo mucho que te quiere tu*

*Vera.*

Y como ese escrito no recibiera contestación, llegó un día en que, la prometida abandonada, no pudo resistir el tormento de la ausencia.

—¡Estoy decidida! ¡Me voy a Suecia!—dijo a los que la habían acogido en su casa.

Y una tarde cogió el tren y se encaminó a la tierra sueca, después de vender sus últimas joyas para poder realizar el viaje.

Ella necesitaba saber lo que le ocurría a su prometido. ¿Por qué no contestaba? ¿La había olvidado ya? ¡Oh, esos interrogantes preñados de inquietud!

\* \* \*

A bordo, la vida seguía deslizándose tranquilamente. Ante el padre de la mujer amada, los dos rivales seguían ocultando el odio que les separaba.

Una noche, después de cenar, el doctor Sven dijo a un tripulante:

—¡Muchacho! Haz un poco de música a ver si desechamos el mal humor.

Y un joven con un acordeón entonó viejas y melancólicas canciones, que acabaron de entristecer a los dos rivales, con la fuerza de evocación que la música tiene para el amor.

El doctor miró preocupado a los dos hombres, y vió sus rostros amenazadores y tristes. ¿Qué les ocurría?

La velada transcurrió monótona...

Todas las noches, los enemigos irreconciliables se dormían el uno junto al otro, y una misma imagen de mujer llenaba sus sueños.



*...había tenido en sus brazos a Catalina...*

Recordaba Nils las veces que había tenido en sus brazos a Catalina, desfallecida de amor, y comparaba aquellas dulces escenas con la dureza con que ella le trataba últimamente. ¡Ah, maldito rival, maldito extranjero!

Y, por su parte, también Andrés se estremecía de goce al soñar en la mujer que le ha-

bía dado su corazón. ¿Qué le importaba Vera? Era una ficción, una fantasía. Catalina, en cambio, la realidad del amor.

Despertaban con las inteligencias abotargadas por aquellos ensueños, y se miraban sintiendo deseos de clavarse las uñas en la garganta.

Y, al fin, un día surgió lo inevitable.

Andrés hallábase manejando unas cuerdas, con las cuales tropezó Nils, estando a punto de caerse al suelo.

—¡Imbécil!—le gritó Nils, con todo el rencor de su alma.

—¿Me insultas?—rugió Andrés.

—Bien sabes que te odio.

—¿Cuándo esperas para suprimirme?

—¡Ahora mismo!

Se arrojaron contra sí en irreconciliable enemistad. Mas, por fortuna, el explorador Sven presenció la lucha y corrió a separarles.

Riñó duramente a Andrés, pues, como inferior a Nils, debía guardarle respeto.

—¡Lo había sospechado!—le gritó—. Odias a Nils porque Catalina le ama.

—¡Amarle! ¿Y usted qué sabe?

—¡Más que tú, más que tú, ruso de los demonios!

Un accidente fatal vino a hacer más crítica la situación. A causa de un fuerte vaivén del barco, uno de los palos vino a dar violentamente contra la cabeza del doctor, quien no tuvo tiempo de esquivar el terrible choque. Y cayó al suelo pesadamente, bañado en sangre.

Ante el jefe caído, los dos rivales volvieron a apagar la llama de su odio, y, levantándole, le condujeron a su cámara.

Los dos querían al doctor. Nils le había considerado siempre como un padre; Andrés como su mejor protector...

Le lavaron la herida de la cabeza que chorraba abundante sangre. Pero los ojos vidriosos del herido indicaban que la congestión cerebral era gravísima.



...corrió a separarles.

Y, para hacer más amarga la desventura del momento, las olas se encrespaban como montañas gigantescas.

—Tiene mucha fiebre — comentó Andrés—. Debió sufrir una importante lesión cerebral.

Le daban una medicina para calmarle, pero el herido se agitaba con un estertor espantoso.

De pronto irguió la cabeza y, fijando sus ojos en los de Nils, dijo:

—¡Me muero... me muero!... No abandones a Catalina, Nils!... ¡Quiero que sea para ti!

—¡Tranquilícese, doctor! A costa de mi vida defenderé la felicidad de su hija.

Andrés volvió la cabeza, para que no vieran la emoción que le causaban aquellas palabras. Nada dijo.

¡Noche trágica! Se acababan las últimas gotas de medicina... Y el enfermo deliraba:

—¡El temporal! ¡Horrible!... ¡El ruso atrajo la desgracia sobre nosotros! ¡Perecerá el barco... pereceremos todos! ¡Esto se terminará para siempre!

Andrés sufría horrorosamente. Callaba mirando con lástima aquellos ojos, cuya última llama se extinguía.

—¡Me muero!... ¡Mi Catalina! — exclamó el viejo profesor. Y torciendo la boca lanzó el último suspiro.

Nils, tembloroso, le cerró los ojos...

Andrés no dijo una sola palabra. Ante la santidad de la muerte era preciso acallar todos los sentimientos. Subió a cubierta e hizo poner la bandera a media asta.

El temporal proseguía con violenta intensidad, pareciendo que el barco iba a partirse.

Y aquella misma noche, entre el fragor horrísono de la tormenta, la ancha fosa del mar se abrió para recibir el cuerpo del infortunado doctor.

Envuelto en un saco, rematado por gruesa piedra, el cadáver del pobre anciano fué arro-

jado a las olas ante toda la tripulación rígidamente formada.

Nils rezó en un libro las oraciones pertinentes... Y allá en la profundidad del mar quedó el infortunado padre de Catalina.

Y quedó roto el único lazo que unía a los dos rivales en amor.

\* \* \*

Pasaron unos días.

Vera llegó a Suecia... Y en tren salió para el pueblecillo pescador.

Cierta tarde, Catalina dijo al criado Percun:

—¡Es extraño! Hace más de una semana que no recibimos carta de mi padre.

Horas después, el pastor del pueblo anunció a Catalina su visita.

Presentóse al poco rato, y con frase entrecortada y dolorosa dió cuenta a la joven de su misión.

¡El doctor Sven Larsen había muerto a bordo de su velero!

Un inmenso dolor se apoderó de Catalina. Lloró mucho y encomendó a Dios al viejo amable y bueno que no olvidaría nunca. Y al propio tiempo se preguntó qué iba a ser de aquellos otros dos hombres que se odiaban a muerte.

Fué al día siguiente cuando recibió dos cartas que hablaban del trágico suceso. La una era de Nils, y decía entre otras cosas:

*Ahora soy yo quien, después de la horrible desgracia, ha de conducir al "Ehba Larsen" desde este pequeño pueblo de la costa inglesa donde te escribo, a ese puerto. No te aflijas dema-*

*siado, pobre Catalina. La muerte es la liberación de las almas nobles como la de tu padre. Nils.*

Aquel escrito, redactado en términos tan elevados y nobles, produjo a Catalina una extraña impresión. ¡Pobre Nils! Era tan bueno... Pero ya no volvió a pensar en él al leer la segunda carta.

*Nils es ahora capitán de la nave y la tirantez entre nosotros crece de día en día. Yo no sé lo que él piensa. Pero, pase lo que pase, yo volveré a tu lado para hacerte olvidar con mi cariño el dolor que hoy lloras.*

*Andrés.*

La muchacha se estremeció. Besó largamente aquella carta y pidió a Dios devolviese al joven sano y santo al hogar.

Al día siguiente llegó a aquella playa de pescadores la rusa Vera Normand.

Fué indagando la casa donde habitaba su novio, hasta que un pescador le dió razón.

—Usted a quien busca es, sin duda, al extranjero que dicen es el novio de la hija del doctor Sven Larden. Está el ruso ahora en alta mar a bordo del "Ebba Larsen".

Vera tuvo que reprimirse para ocultar su emoción. ¡Engañada! Entonces... ¿el oficial la había olvidado para dar su amor a otra mujer?

Y después de preguntar la dirección de la casa del doctor, se dirigió a ella.

Muy cerca del sitio donde le habían indicado encontró a una mujer rubia, vestida de luto, que miraba con grandes ojos emocionados la inmensidad del mar, encrespado y rugiente.

—Señorita—dijo acercándose a ella—. ¿Conoce usted por ventura a mi prometido Andrés Morton? ¿Sabe usted cuál es la casa donde vivía?

Pálida, temblorosa, la joven respondió:

—Le conozco; pero ignoraba que fuese novio de usted.

—Soy rusa, como él, y nos hemos amado mucho.

—Yo soy Catalina, la hija del profesor Sven en cuya casa Andrés se hospedó.

—¿Usted? ¿Entonces usted es la mujer que pretende robarme a mi amado?

Dolor y odio fulguraban en las pupilas de Catalina, quien contemplaba anonadada a aquella mujer que venía de lejanos países para recobrar el amor perdido.

—Yo no sabía, señorita—dijo Catalina—. Cref siempre que entre usted y Andrés no había ninguna relación amorosa.

—¡No mienta! ¡Usted me ha quitado su corazón, usted me ha quitado al hombre que amo!

—¡Es mío... y nadie me lo quitará!—gritó Catalina en un arranque de sincero amor.

—Yo tengo derecho sobre él. No quiero dejarlo. Cuando vuelva, veremos quién lo consigue.

—¡Está en el mar!... No puede tardar en venir... ¡En el mar!—repitió Catalina, contemplando horrorizada unos relámpagos que ponían su siniestra luz sobre la formidable masa móvil de las aguas.

En alta mar y cerca de la costa continuaba reinando el temporal. De pronto se escucharon

las campanas de la aldea que convocaban a los fieles a orar por los navegantes.

Aquellas campanas, que otras veces había oído Catalina sin que le causaran demasiada impresión, la emocionaron ahora profundamente. Pensó que Andrés estaba tal vez en aquel mar debatiéndose con el temporal.

—Escuche — dijo, calmando de repente su ira—. Las campanas piden una oración para los que desafían la furia de la tempestad. ¿Quiere que recemos juntas?

—¡Sí, sí!...

Y ambas mujeres se dirigieron a la iglesia cercana para pedir a Dios la salvación de los que estuvieran en trance de temporal...

Tal vez entre ellos se encontraba Andrés... su Andrés.

Y Catalina no se equivocaba.

Habiendo salido unos días antes de un puerto inglés, el velero "Ebba Larsen" se encontraba en peligro...

El huracán soplaba las olas convirtiéndolas en montañas de espuma. Hervían las aguas como si el fuego interior crepitase en ellas.

Y sobre aquel mar en conmoción, el "Ebba Larsen" era un frágil juguete.

Andrés y Nils seguían profesándose una antipatía profunda, feroz. Cualquiera día iban a lanzarse uno contra otro, para ganar el amor de Catalina a dentelladas.

Habían prometido no volver los dos a la vez a la aldea sueca, y estaban dispuestos a cumplir su juramento.

Mientras tanto, sombríos, tristes, temerosos, avanzaban en el mar.

Pero el trágico huracán y la imprevista tempestad en que se encontraron, dió al traste por el momento con sus proyectos de venganza.

Ahora, con la ayuda de todo el resto de la tripulación, procuraban mantener a flote el barco que cabeceaba de modo amenazador.



—¿Quiere que recemos juntas?

En medio de la noche, el "Ebba Larsen" chocó violentamente contra un banco de arena.

Desorientados, habían entrado en un paraje peligroso y el velero tenía desfondado su vientre, por el que entraba el agua con una abundancia cruel.

—¡No hay salvación posible! ¡El barco se hunde!—gritó Nils.

El y Andrés iban de un lado a otro dando

órdenes inútiles, por cuanto el barco se hundía por momentos.

Contra el furor creciente de las olas no había maniobra ni resistencia posible.

Y el barco quedó deshecho, destruído por las dentelladas del monstruo insaciable.

La tripulación tuvo que echarse al mar en los botes de salvamento, que fueron a la vez tumbados por las olas...

Plotaban sólo unos maderos, a los cuales se agarraban desesperadamente los últimos supervivientes.

La profecía fatal del moribundo se había cumplido con exceso, sin que sirviesen para evitarla las plegarias que elevaban hasta el cielo desde tierra dos almas enamoradas.

Un barco acertó a pasar a pocas millas del naufragio, viéndolo como el velero se hundía.

—¡Es el "Ebba Larsen"! ¡Imposible prestarle ayuda! ¡Dios le proteja!—dijo el capitán.

Y el barco siguió su camino, pues la tempestad le impedía acercarse a salvar a los últimos desdichados que flotaban desesperadamente sobre las olas.

Nils y Andrés se agarraban a un mismo madero... Estaban a merced del bárbaro oleaje... Y en aquel instante de supremo pánico, olvidaron egoístas rencores, y aquellos dos hombres se unieron en gigante fuerza para rebelarse contra la muerte cercana.

Apretaban contra sí el madero, dándose mutuos ánimos; olvidando el odio mortal que les separaba.

El oleaje les llevaba de un lado a otro, ya sobre la cima de una ola, ya en una de aque-

llas oquedades de las que parecía imposible volver a la superficie...

De pronto, las manos de Andrés dejaron el madero... El oficial no podía resistir más... Pero allá acudió un brazo generoso, el de Nils, manteniéndolo a flote.

En aquella hora en que veían inminente su fin, los dos hombres necesitaban de la mutua compañía.

Y así estuvieron, hasta que la tormenta comenzó a deponer su furia.

\* \* \*

Días después llegó al pueblo pescador la noticia del naufragio del "Ebba Larsen". Se ignoraba en absoluto la suerte de la tripulación, aunque se creía había perecido casi en su totalidad.

El dolor había hecho amigas a Catalina y a Vera... Ambas esperaban que volviese el hombre de su amor; creían en un milagro.

Ya no hablaban de arrebatarse el amado, sino de que volviera... Lo principal era que volviese.

¡Y vivía! Andrés y Nils eran los únicos supervivientes de aquella horrenda catástrofe. Los demás quedaron para siempre en el mar.

Se encontraban los dos amigos en un hospital de la costa, generosamente atendidos.

Nils se repuso pronto, pero Andrés tenía aún que guardar cama a consecuencia de la debilidad y del frío experimentados.

Ignoraba realmente lo que había ocurrido desde que su mano se desprendió del madero.

Se había desvanecido... ¿Cómo había logrado salvarse?

Un oficial de marina le explicó la verdad.

—El piloto Nils Sorren, sosteniendo a usted con una mano y nadando con la otra, consiguió alcanzar la costa después de titánicos esfuerzos. Allí fueron ustedes recogidos.

—¿Nils me salvó? ¡El! ¡Qué cosas hace Dios!—dijo emocionado, sintiendo que disminuía el odio a su rival y en su lugar un sentimiento muy dulce ocupaba aquel puesto: la gratitud.

Al cabo de unas horas de honda meditación rogó a un empleado dijese al piloto Nils que deseaba hablarle.

Nils había ido a la oficina de unos vapores cuyo director le había dicho:

—La compañía ha acordado nombrar a usted capitán del "Albatros". El barco partirá dentro de tres días y el viaje ha de durar un año.

Nils aceptó encantado aquel viaje que iba a proporcionar a su corazón un poco de paz. Porque había renunciado a la lucha, a la venganza. No quería amores a la fuerza y habiendo salvado a Andrés le dejaba la plaza libre.

Al recibir el recado de Andrés dirigióse al hospital a ver al hombre al que tanto había odiado.

Andrés, con lágrimas en los ojos le estrechó la mano y le dijo:

—El peligro y el dolor han despertado en mi corazón grandes remordimientos que no esperaba y afectos que creía extinguidos. Catalina no me pertenece, lo sé, es tuya, Nils.

—¡Ella te ama!—respondió Nils, conmovido.

—Te engañas, como yo me he engañado. En

su corazón vive el recuerdo de vuestro amor juvenil.

—¡Gracias, amigo mío! Pero no volveré a mi pueblo hasta dentro de un año. ¡Y Dios dirá!

Y se alejó agradecido por aquella actitud de su camarada que le dignificaba a sus ojos.

Y Andrés envió aquel mismo día una carta a Catalina que decía así, entre otros párrafos:

*Después de lo sucedido me parece un sueño haber logrado conservar la vida, cosa imposible sin el esfuerzo heroico y generoso de Nils Sorren.*

*Aunque parezca cruel esa decisión, he resuelto no volverte a ver. No tengo derecho ni puedo interponerme entre vosotros. Las últimas palabras de tu pobre padre fueron: Nils, que mi hija sea para ti...*

*Con él lograrás ser completamente feliz, pues yo también debo cumplir mi compromiso con una mujer que merece la eterna fe que le prometí.*

*Andrés Morton.*

Aquella carta llenó de alegría y de dolor el corazón de Catalina. De alegría al saber que estaban salvados aquellos dos hombres. De dolor al conocer la renunciación.

Pero luego, meditando mucho, pensó que Andrés tenía razón, que ella no podía destruir el corazón de Vera que aguardaba impaciente y dolorida el difícil regreso de Andrés.

Y en el alma de Catalina volvió a florecer ante las palabras pronunciadas por su padre, el amor juvenil, el amor romántico hacia el nuevo capitán...

¿En qué había estado pensando hasta entonces? ¡Sí, sí!... Que se quedase Andrés con Vera. No amaba a ese hombre. El fuego caprichoso se apagaba ante el deber.

Y corrió a hablar con Vera que vivía en una fonda del pueblo y le dijo:

—¡Alégrese, amiga mía! ¡Andrés renuncia a todo para volver a pensar sólo en usted!

Y aquellas dos rivales se abrazaron sin mezcla de rencor alguno.

Semanas más tarde, Andrés volvió al pueblo y se llevó a Vera. En el corazón juvenil de ambos volvió a florecer el viejo amor de otros días, el viejo amor que volvía a sus cauces.

Catalina les vió partir, sin tristeza. También para ella llegaría a su vez el verdadero cariño.

Había escrito a Nils pidiéndole perdón por aquellos días de sufrimiento.

Tuvo que aguardar un año a que el capitán Nils Sorren cesara de navegar y volviera al puerto.

Pero al fin una tarde él regresó y Catalina encontró en los brazos sinceros y generosos del marino, que la seguía queriendo con toda su alma, la emoción del amor verdadero.

F I N

Ha sido revisada por la Censura

Recuerde este título:

# ¡Viva Madrid, que es mi pueblo!

por  
Marcial Lalanda, Carmen Viance,  
Celia Escudero, Erma Becker, etc.

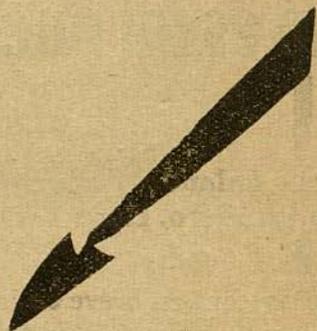
que aparecerá en breve en las selectas  
**Ediciones Especiales de La No-  
vela Semanal Cinematográfica**

¡Encargue a su librero esta novela  
ahora mismo!

¡Luego será tarde!

Precio: **Una peseta**

**YA** se ha puesto a la venta  
en las selectas *Ediciones Especiales* de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**



**Cristina, la holandesa**

por

Janet Gaynor y Charles Morton

**Precio: Una peseta**

**De interés para todos, especialmente para los padres**

**Ediciones BISTAGNE**

ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

## **EL CUENTO SELECTO**

**Su precio es de 15 céntimos**

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

**Inmejorable presentación**

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**